

EL ALBUM DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO SEMANAL.



Gratis á los suscritores del DIARIO DE BARCELONA. — Un número suelto un real.



Se sentó despues y contempló la rama seca. (Pag. 378, col. 1.ª)

SUMARIO.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA, por M. Roger de Beauvoir.

LA CARTERA DE PIEL DE ZAPA, por Emilio Souvestre.

EL AVARO, por E. Conscience.

EL ENANO DEL REY DE POLONIA,

POR M. ROGER DE BEAUVOIR.

(Continuacion.)

IX.

Leopoldo se habia dirigido al castillo sin poder reprimir la inquietud que le habia causado la confidencia de Alina. Hasta entonces se habia limitado á defenderla siempre que la ocasion se presentaba, y la malicia de los moradores del castillo cedia ante la nobleza y dignidad de sus palabras; pero sentia por ella, desde la escena anterior, cierta gratitud lácita, pues le habian interesado sus lágrimas y su candor. Casi se arrepentia de haber sancionado la mentira del rey y de haber unido á Alina con la condesa por medio de un lazo indisoluble; estremeciase á la idea de ser infiel al amor de Irma, y acusaba ya su indecision y su flaqueza.

Al empujar con sigilo la puerta del aposento donde le esperaba Irma, tembló... La condesa estaba arrodillada delante de un reclinatorio, y cuando entró Leopoldo, apenas volvió la cabeza. Todo su sér parecia abismado entonces en un éxtasis seráfico, y se hubiera dicho que estaba en conversacion con los ángeles. Algunas lágrimas mojaban sus párpados, y tenia las manos cruzadas.

Leopoldo habia visto algunas veces mujeres hermosas en oracion, pero ninguna que reuniese tanto encanto y devocion como la condesa.

Paróse poco á poco el movimiento de sus labios y sus ojos recobraron su serenidad.

— Leopoldo, le dijo, habeis hecho bien en venir, ya estoy dispuesta.

Leopoldo se estremeció al oirla, pareciéndole que su voz pasaba al través de las lágrimas.

— ¿Por qué os fuisteis tan pronto? añadió el jóven; ¿por qué me dejasteis solo con vuestra hija?

— Porque tenia que pedir un consejo á Dios. — ¿Qué rostro tan triste y abatido! ¿Habré tenido la desgracia de disgustaros?

— No, amigo mio, respondió Irma con esfuerzo; he oido á mi lado en la capilla un suspiro; era otra persona que rezaba, era la reina. La frente de esta noble mujer me pareció abrumada por los pesares. — ¿Qué tenéis? la pregunté. La reina de Francia solo me respon-

dió llorando. — Mirad, me dijo enseñándome un retrato que habia en la capilla, ved ese jóven diácono que marcha al martirio... ¡cuánto se le parece! Y al pronunciar estas palabras le temblaban la voz y las manos. — ¿De quién hablais? le pregunté conmovida. — Del conde de Estrees, querida Irma. Recordé entonces lo que se habia dicho en otro tiempo en la corte de Francia, porque ella nunca me habia hablado de este asunto. Me tomó la mano con bondad y añadió: «El rey me ha rogado que os entregase este despacho. Mi padre quiere firmar vuestro contrato, y es preciso que os determinéis pronto, porque mañana partimos á Plombieres. Acabo de recibir carta de Luis... Presentad este nombramiento á Leopoldo. ¡Demasiado sé por mí lo que cuesta separarse del que se ama! Me habeis hablado muchas veces de vuestro libertador y amigo... Sed felices ambos desde hoy. Mi único deseo, querida Irma, es que lo presente os venga de todos los dolores de lo pasado. El rey se encarga de la fortuna de Leopoldo, y vos os encargais de su felicidad.» Así me habló María, y al mismo tiempo su rostro resplandecía de suave serenidad: la reina se alegraba con mi alegría. — ¿Y vuestra hija? prosiguió; enviádmela pronto; quiero verla y abrazarla. En la corte de Francia no faltan maridos y le buscaremos uno. Os confieso, Leopoldo, que estas palabras me llenaron de duda y tristeza. Ayer estaba segura de vos, pero ¿lo estoy aun hoy?

—¡Ah! no podeis dudar de mí! respondió Leopoldo con ardor, ¿á quién sino á vos he dado mi vida? Vuestra misma ausencia no ha logrado matar mis esperanzas; os veía siempre, por todas partes, y vuestra imagen me consolaba y fortalecía. Algun tiempo os creí, querida Irma, llamada por Dios al seno de los ángeles, y entonces os invoqué como á una hermana.

—¿Es decir, Leopoldo, que ninguna otra mujer...

—Ninguna, exclamó el jóven lanzándole una mirada tierna y sincera.

Tan solemne juramento hubiera satisfecho á cualquiera otra mujer mas feliz; pero la condesa, ahogada por los sollozos tanto tiempo contenidos y no pudiendo luchar mas contra su dolor, exclamó:

—¿Y qué importa si ella os ama?

—A mí! ¿quién? dijo Leopoldo.

—No tengo derecho de acusarla, añadió la condesa con forzada calma, pero desgraciadamente es cierto que os ama; en primer lugar, ella misma me lo ha confesado, y esta otra prueba que acabo de encontrar aquí... Sí, cuando volvía de la capilla, vi un libro sobre este reclinatorio.

—¿Qué libro?

—Este. No conozco la letra, añadió la condesa con amargura, pero me ha despedazado el alma.

Leopoldo abrió el libro que le presentaba Irma: era un manuscrito dividido por orden de fechas y días, que lo mismo concernía á Alina que á él. Leopoldo conoció al momento la letra de Bebé.

No solamente ignoraba que existieran semejantes memorias en que estaban apuntadas día por día todas sus acciones, sino que no podía explicarse cómo se encontraban en manos de la condesa.

Palideció súbitamente al hojear el escrito y leer lo siguiente:

«Ella le siguió ayer cuando se dirigía al camino de los Saucos. Como estaba pensativo, según acostumbra, se paró al momento.

»Bajaba por el arroyo una rama seca, y la cogió y la depositó sobre la orilla. Yo le veía oculto entre los matorrales. Se sentó despues y contempló la pobre rama seca...

»Bañaron algunas lágrimas sus mejillas. ¿En qué pensaba? lo sé ó mas bien lo adivino.

»Ama á la mujer ausente de que ha hablado tantas veces y ni siquiera piensa en Alina. Pero ella le adora, y espía sus ademanes, su mirada y sus pasos!

»Hace tres días que la creí hechizada. Él se dejó caer su escarapela de oficial sobre uno de los bancos del bosque, y ella la cogió y se la ocultó en el pecho.

»Por la noche lloró mucho y me dijo: ¿Crees, Bebé, que sea un pecado el darse muerte? Llevaba en la mano un ramo de seruales y añadió: ¿Es esto veneno?»

Leopoldo leyó en otra página de tan extraño diario:

«Desgraciadamente es cierto que ni ella ni yo conocemos á nuestros padres.

»Es este quizás el único lazo de simpatía que nos une, porque ella es demasiado hermosa y yo demasiado feo.

»El nunca me habla de ella; ¿no es pues una locura el amarle? Pero nada la contendrá. Bajo la apariencia mas tímida oculta una voluntad decidida.

»Conozco que es justo que le ame siendo tan noble, tan bueno! Es mi amigo, es mi hermano.»

Leopoldo compadeció al desgraciado que se habia impuesto una tarea tan cruel, y preguntó á la condesa si habia leído todas aquellas páginas.

—Algunas me han bastado, respondió; ignoro quién sea el autor, pero le creo verdadero. Leopoldo, mi hija os ama!

—¿A mí, señora! ¿podeis creer que una niña...

—Porque es una niña, porque es hermosa —mas de lo que era yo á su edad— temo que pueda resistirme á su dolor. Interrogad vuestros recuerdos y decid: ¿encontráis en mí algunos rasgos de aquella Irma que visteis por primera vez en Viena hace quince años? No, Leopoldo; mi tez se ha marchitado con el do-

lor y las lágrimas. Lo venidero me inspira un estremecimiento inexplicable, y tengo miedo de mí misma. ¿Qué seria yo delante de ese espejo perfecto de gracia y encanto que llamais Alina? Sois tan bueno y generoso que me amaríais ¿no es cierto? añadió la condesa con un sentimiento de terror que expresaba hasta en su sonrisa; pero ¿encontraré, Leopoldo, mi castigo en mi hija? ¡Ah! Dios me es testigo de que al venir aquí solo deseaba la felicidad de mi hijo, creyendo que no maldeciría á su madre; mas en vez del hijo cuyo rostro me hubiera recordado al odioso Etzel, he estrechado en mis brazos la criatura mas bella y cariñosa. Todo lo posee mi Alina, talento, hermosura y candor; pero no lo posee para mí sino para vos, Leopoldo. En una palabra, os ama. ¿Podía encontrar á la vez mas dicha y desgracia, mas alegría y dolor? Sí, aun cuando estas páginas debidas á una mano desconocida no os revelasen el secreto de mi hija, aunque no reconozcáis las mudas confidencias de su mirada y la turbación de sus ademanes y de su voz, ¿no he sorprendido y adivinado lo que no se atrevia á confesar sino con sollozos?

Su alma rebosa de esperanza y la esperanza no muere; mientras fué huérfana fijó en vos sus ojos, pero hoy ¿á quién sino á su madre contará sus ilusiones? ¡Ah! llego á tiempo para salvaros á los dos, á ella de un amor que la condenaba al silencio mas cruel y á vos de una union que os hubiera hecho desgraciado. Leopoldo, sois libre: deseo vuestra dicha y la de mi hija. Alina es rica, mas rica que yo con el testamento de la condesa Natalia. Tomad el despacho del rey Estanislao por el cual os dá un ascenso en vuestra carrera, y este otro papel es la certificación del fallecimiento de la condesa y la herencia que lega al hijo de Etzel. Me lo ha entregado el rey; estaba escrito en lengua polaca y se encontraba en la cartera del conde... tomadle!

Las palabras de Irma hundian á Leopoldo en sombrío estupor y no se atrevia á creer semejante sacrificio; por otra parte, entreveía confusamente en su corazón el combate mas violento, se juzgaba objeto de un amor nuevo é ingenuo, y oía cual excusaba este amor la mujer que tanto debía maldecirlo.

Tanta generosidad le anonadaba, tanta dicha le desvanecía: miraba á la condesa, ya conmovido, ya confuso, sin prestar por otra parte atención en su turbación á los papeles que le entregaba.

Su incertidumbre fué mayor al observar la palidez de Irma: parecia un fantasma que habia levantado por un momento la losa de su sepulcro.

—Nada es el mundo para mí desde este instante, añadió Irma; pero ¿seré al menos vuestra hermana?

—Mi hermana y mi amiga, respondió Leopoldo; siempre ocupareis el sitio predilecto en mi alma. Lo que me decis, lo que al parecer exigís de mí, me confunde. Permitidme al menos que me reconozca, Irma, porque ignoro aun si estoy durmiendo ó despierto, pues oigo palabras que me agitan y espantan. Rehoso los bienes que me ofrecéis lo mismo que á vuestra hija cuyo amor hacía mi solo puede ser una ilusión pasajera. Permitidme que la vea y la diga otra vez que os amo...

—Y además, ¿puedo amarla mejor, Leopoldo, que suplicándoos que la améis? ¿No es buena? ¿no se me parece? Me la habeis devuelto y os la doy; estamos pagados. Pero por lo que hay de mas sagrado en el cielo, amadla! Esta mañana he visto sus lágrimas y hoy mismo se las enjugaré diciéndola: El señor de Arveines es tuyo! No me priveis de vuestra dicha, Leopoldo. Yo, amigo mio, he profundizado el amor y le he interrogado en la soledad del claustro donde viví, y conozco sus inconcebibles miserias, sus fascinaciones y borrascas: he elegido la mejor parte de vuestro cariño, y la mia para vos es inmutable. Me dareis gracias por haberos hecho dueño de mi tesoro, pues os entrego lo que tengo de mas valor en el mundo, á mi hija, á mi hija querida. La reina aprobará mi determinación, porque tambien sabe ella los deberes que impone el título de madre! En una palabra, este será el último y el mas doloroso

sacrificio; pero ¿cómo puedo dar gracias mejor al cielo y á vos?

La condesa se levantó, pues dijo que tenia prisa de hablar con Maria Leczinska y con Estanislao. Leopoldo no tuvo fuerza para detenerla, porque se hallaba entonces luchando para desprenderse del vértigo. Con una sola palabra podia hacer que se derrumbase el artificio del rey, pero con la misma palabra mataba tambien á la condesa...

Cuando Irma salió, Leopoldo permaneció largo rato inmóvil en el mismo sitio, sin tratar siquiera de comprender lo que sentia y temiendo interrogar á su propio corazón.

Ya no le parecia criminal el amor de Alina: ¿no acababa de aprobarlo la condesa? Y además, siendo Leopoldo el autor de su fortuna y de su dicha, ¿no era justo que de ellas participase? Y sin embargo, habia engañado indignamente á la condesa de acuerdo con el rey, y lo que era peor aun, habia engañado al único ser que venia á reclamar la felicidad que le quitaban.

Leopoldo, al contemplar los papeles que tenia en la mano, pensó en Bebé; en Bebé, único y legítimo heredero del conde y poseedor de la inmensa fortuna que una mentira le arrebatara. ¿Qué haría en aquel momento el desgraciado? ¿qué pensaría al saber que Leopoldo iba á ser esposo de Alina? Leopoldo se ruborizó al considerar que representaba el papel de indigno despojado.

—No! exclamó doblando la escritura que acababa de entregarle la condesa; ¿no es bastante haber privado al infeliz de las caricias de su madre? ¿no es bastante haber engañado á Irma? Mientras ha sido preciso precaver los arrebatos de su corazón de madre, he debido apartar de su vista un objeto de desgracia y menoscabo; pero esta fortuna no es mia, es de su hijo! Dios me es testigo de que mi corazón está exento de cálculo ó de ambición; daré todos sus bienes al heredero del conde Etzel, y únicamente ignoraré siempre su origen. No le descubramos de donde proceden; que parta, que se aleje y sea al menos feliz en otras regiones. Corramos á verle; sí, le diré...

El pavimento del gabinete donde se hallaba Leopoldo parecia que abrasaba bajo sus piés, una fuerza irresistible le arrancaba de su sitio y el sudor inundaba su frente.

—Voy á cumplir con un deber, murmuró; Dios me dé valor!

Empujó la puerta del gabinete real y subió por una escalera secreta hasta la guardilla que ocupaba entonces Bebé.

X.

Antes de llamar á la puerta del aposento del enano para asegurarse de si estaba dormido ó despierto, el oficial de los guardias se paró un instante, y cediendo á pesar suyo á un instinto natural de curiosidad, aplicó el oído á la cerradura, pero ningún paso, ninguna voz turbaba entonces la soledad de aquel desvan situado bajo el tejado del castillo, y desde donde podia la mirada de Bebé abarcar un magnífico paisaje.

Grupos de árboles, estanques y lejanas y verdes colinas formaban los principales rasgos del cuadro, y un aire vivo y puro bañaba aquel delicioso sitio que mas de una vez habia contemplado el pobre enano con una especie de gratitud hácia Dios, su sublime pintor.

Desde su elevada habitación dominaba en efecto todo el país hasta las mas humildes cabañas, y el pobre Bebé, acostumbrado á arrastrarse ante sus amos, á doblegarse á sus desprecios ó caprichos, era allí mas feliz que un rey en su trono y aspiraba el espacio y la inmensidad de la llanura.

Leopoldo le habia encontrado muchas veces por la noche con los codos apoyados en la ventana, la mirada fija, el cuerpo inmóvil, y le habia acordado á Newton en su mocedad siguiendo el curso aéreo de los globos celestes.

—Tal vez está hablando con sus estrellas favoritas, pensó Leopoldo, porque hay dos que él ha bautizado, á la una con mi nombre y á la otra con el de Alina. Pobre niño, á fal-

fa de felicidad terrestre, ha corrido más de una vez en mi presencia tras esos sueños extáticos, tras esas dichas imaginarias!... No oigo ruido alguno; tal vez duerme vencido por el estudio ó el cansancio. No sospechará el motivo de mi visita, porque solo el rey posee el secreto.

Leopoldo volvió á escuchar, y le pareció pesada y oprimida la respiración del enano.

—¿Padecerá acaso? ¿Se quejará de algún nuevo desprecio? Su tristeza de esta mañana, su fuga precipitada cuando vió á Alina con la condesa, todo, hasta el hoyo que abría en el parque, me inspiran tristes temores... Cielos! y no tiene otro defensor y amigo que yo!

Leopoldo entró precipitadamente en su cuarto, y encontró á Bebé durmiendo en la cama, pero tan pálido y cambiado que tuvo miedo.

—Soy yo, querido Bebé; Leopoldo, tu amigo.

El enano se estremeció al oír su voz y se incorporó en la cama, mirando á Leopoldo con ojos en que brillaba la fiebre.

—Padeces y no me has llamado! dijo Leopoldo estrechándole entre las suyas sus manos.

Pero aquellas manos abrasaban tanto que creyó tocar fuego; sus labios estaban cárdenos y su frente bañada en el frío sudor de la agonía.

—¿No me conoces, Bebé?

El enano no respondió, y únicamente dirigió al oficial de los guardias una mirada vidriosa y casi estúpida.

—Mírame... vengo á darte una buena noticia.

Bebé movió lentamente la cabeza.

—Sí, continuó Leopoldo; hasta hoy eras un ser triste y oprimido y pertenecías al rey de Polonia, pero en adelante serás libre, Bebé, porque eres rico, muy rico!

Una sonrisa indefinible movió los labios del enano, como si escuchara con indiferencia la noticia.

—Sí; alégrate, dijo Leopoldo, porque vas á poseer tierras, aldeanos y nobles feudos, y se postrarán á tus piés vasallos y esclavos. Pero para conseguirlo es preciso que partas, que salgas de Lorena al instante. Siento en extremo, Bebé, no acompañarte en este viaje, pero te confiaré á manos fieles y seguras. Desde hoy no soy más que tu mayordomo, pues poseo los documentos que aseguran tu fortuna, y únicamente exijo de tí que guardes el mas profundo secreto sobre su origen. Conténtate con ser feliz, pródigo y opulento, llevar un nombre y un título y agotar á tu antojo los caudales que van á entregarte; pero sométete antes á nuestra separación, amigo mío, pues ha de ser eterna!

—Eterna! murmuró Bebé; tenéis razón.

—Sé, continuó Leopoldo animándose con el ardor de su pensamiento, sé que esto parece un cuento de hadas, que tal vez no me crees... Miras la librea que te cubre, librea de baldon y amargos recuerdos, y preguntas tal vez cómo es posible que tu suerte haya cambiado tan pronto... Un mundo nuevo se abre á tus piés; eres noble. Pero ¿no tenías ya la nobleza de la inteligencia y del corazón? Ya lo ves, Dios que es incomprendible en sus designios, quiere recompensarte.

El enano continuaba mirando fijamente á Leopoldo sin expresar emoción ni alegría.

—Cómo! ¿no te alegras? ¿no piensas en tu existencia miserable? ¿Cómo vas á vengarte de ese mundo burlon é injusto que te despreciaba ayer! Todos van á abrirte paso; tienes el campo libre; hablarás y te obedecerán. La fortuna va á completar tu educación, y cualquiera que sea el país que elijas para establecerse, á todas partes te seguirán tus tesoros. La casualidad que tan cruelmente te persiguió hasta hoy, te protege, y ya no habrá para tí mas lágrimas, tristeza ni padecimientos. Me es muy cruel separarme de tí... de tí que eras mi único amigo; pero tu felicidad lo exige, y además, ya nos escribiremos. Sí, todo lo que pasa en este castillo parece un sueño, pero el tuyo es hermoso, esplendente y risueño; deja que clame la envidia y goza tu ventura.

Leopoldo calló y Bebé acariciaba á su perro. Mientras el enano pasaba su mano por el

sedoso lomo de Piramo, este le miraba con tristeza y parecía que le interrogaba.

—Por vida mia que me desespera tu silencio, le dijo Leopoldo; apenas me escuchas. Padeces, estás enfermo; ¿es verdad? Ea, ánimo! ¿Qué papel es ese que tienes en la mano?

El enano acababa de cerrar en efecto una carta que puso en el collar de Piramo.

—Escribía al rey, respondió; Piramo se encargará de llevar la carta.

Y su cabeza volvió á caer pesadamente sobre la almohada y una espuma blanquecina brotaba del extremo de sus labios.

—Respeto tus secretos, dijo Leopoldo; pero ¿es así como debía volverte á ver? ¿Qué ha sucedido pues? ¿No soy tu confidente, tu amigo?

Y hablando de este modo Leopoldo interrogaba maquinalmente con la mirada el aposento de Bebé. Sobre el clave abierto ardía una vela cuya llama azulada se amortiguaba con los blancos rayos de la aurora... El reloj indicaba las cuatro de la mañana. Todo estaba en desórden: había una silla delante del clave y á su lado un asiento mas bajo; veíanse hojas de papel de música esparcidas por el pavimento, y Leopoldo encontró un guante de mujer olvidado sobre la chimenea.

—No estabas solo, añadió; veo aquí un romance dedicado á Alina y conozco este guante... Ha venido aquí Alina...

La palidez del enano era ya cadavérica: Bebé no hizo mas que inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

—Querido Bebé, ¿solo consigo afligirte? ¿no me amas ya?

El enano, en vez de responder, prorumpió en llanto.

—No, no me amas, continuó Leopoldo con amargura; de lo contrario me hubieras revelado la causa de tu pesar... Pero ya lo recuerdo; el libro que has escrito y que he encontrado en el aposento de la condesa me lo revela todo. Sí, amas á Alina, y sabes que ella no te ama... ¿Qué le has dicho aquí? ¿qué te ha respondido? Háblame sin recelo; no soy severo. Te entristece quizás ver mi suerte unida á la suya, pero así lo quiere la condesa, su madre...

—Su madre! repitió Bebé con un suspiro indefinible.

—No hay duda; su madre ha hecho por mí el mas inaudito sacrificio. ¿He de faltar pues á su confianza y matar la esperanza de su amor? ¿No viste tú mismo con cuanta ternura é indulgencia me miraba Alina? ¿no has contado mas de una vez los latidos de su corazón? Al obedecer á la condesa, no hago mas que satisfacer el mas dulce anhelo de Alina. Dices en esas páginas escritas por tí que la amas, pero ella te ama también y se interesa por tu felicidad. ¿Cuál será su alegría al saber tu nueva fortuna á pesar de que es menos rica que tú! Porque ahora puedes, Bebé, aspirar á excelentes partidos, pues eres cien veces mas rico que la hija del conde Etzel.

—La hija del conde Etzel! ella su hija! murmuró Bebé mientras sus dientes rechinaban de rabia y clavaba en Leopoldo su pupila brillante como la escama de una serpiente.

(Se concluirá.)

LA CARTERA DE PIEL DE ZAPA.

POR EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

II.

Algunos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo precedente, hé aquí lo que ocurría en una de las elegantes casas de campo edificadas cerca de las fuentes del Loiret.

Erase al medio dia: el sol de otoño inundaba el parquecillo con sus resplandores deslumbrantes, hacía chispear el riachuelo como una placa de plata irradiada de azul y de ópalo, y prolongaba sus rayos hasta una vereda de un viñedo virgen. En este sitio una jóven se hallaba sentada delante de un mancebo que acababa su retrato con mano á la

vez deicada y atrevida. La jóven estaba en todo el brillo de su belleza de diez y ocho años, rubia, sonrosada, radiante de dicha; el mancebo parecía entregado á todos los arrobamientos del primer amor. A cada instante su pincel se paraba, y su mirada y su sonrisa se perdían en la mirada y la sonrisa de su modelo.

Los dos estaban dominados por esta especie de éxtasis, cuando un tercer personaje abrió la puerta de cristales del salon y entró en la vereda. Era un hombre de cerca de cincuenta años, pero cuya figura noble y expresiva no acababa todavía la disminucion de fuerzas ó de inteligencia. Contempló un instante á los dos enamorados, que no se habían apercibido de su llegada, movió la cabeza y exclamó alegremente:

—¿Esto es lo que llamais hacer el retrato de Ermina, mi querido Máximo?

El pintor y la jóven se estremecieron como si hubieran despertado sobresaltados.

—¡Ah pícaro padre! me habeis asustado! dijo esta que se levantó y corrió á echarse al cuello del interruptor.

—Dios me perdone! exclamó este último que se había inclinado sobre la acuarela del pintor, estais á la misma altura que ayer. ¿Qué habeis hecho pues durante estas dos horas de trabajo?

—¿Yo? replicó Máximo sonriendo; y bien... he mirado! es preciso antes estudiar bien el modelo.

—Perfectamente, replicó el padre; pero cuando se estudia siempre, se arriesga uno á no ser nunca mas que un escolar.

—Un escolar! repitió Ermina escandalizada; un escolar quien ha obtenido el gran premio de Roma, quien acaba de recibir una medalla de primera clase en la exposicion, que está encargado de un techo en el Louvre...

—Y que va á casarse con la señorita Dulac, acabó el padre riendo, lo que le hace evidentemente el primer pintor de la época.

—El mas dichoso al menos, dijo el mancebo que tomó tiernamente la mano de su prometida. ¡Ah! cuando pienso que me dáis esta querida niña...

—Permitid, observó el señor Dulac riéndose, primero la querida niña no os pertenece aun, atendido que la toma de posesion, como se dice en el foro, exige muchas ceremonias, entre otras, la firma del contrato con la cual yo contaba hoy, pero que, segun veo, no podrá tener lugar.

—¿Por qué no? exclamaron á un tiempo los dos jóvenes.

—Porque nos falta el elemento indispensable.

—¿Cuál? ¿cuál?

—Un futuro con corbata blanca y frac negro.

Ermina, que estaba ya cariacontecida, empezó á reír, y Máximo respondió que corría á vestirse. Sin embargo, despues de haber dado un paso hácia la puerta de salida, se volvió al padre de Ermina, y le preguntó si había tenido la bondad de examinar los papeles de la sucesion... El señor Dulac le interrumpió diciéndole que todo estaba dispuesto, excepto él, y le dió tal prisa que el jóven salió sin pedir mas explicaciones.

Ermina se apresuró á tomar el brazo de su padre.

—Hé aquí lo que es casar con la hija de un abogado, dijo ella; él se encarga de desembrollar los negocios. Pobre padre! Apuesto á que habeis tenido gran trabajo con esta herencia del señor Duvivier.

El abogado miró detrás de sí, á fin de asegurarse de que estaban solos.

—Mas de lo que tú crees, niña, dijo con tono serio y bajando la voz; pero bendigo á Dios por haber sido encargado de este examen, y sobre todo de que Máximo pueda ignorarlo todo.

—¿Qué hay pues? preguntó la jóven con curiosidad.

—Una complicacion de negocios que no podrias comprender, replicó el señor Dulac, pero de la cual resulta que el padre de Máximo ha quedado arruinado, y que no pudiendo sin duda soportar semejante golpe, se ha dado la muerte.



A cada instante su pincel se paraba. (Pág. 379, col. 3.ª)

— Cielos! ¿y Máximo no ha sabido nada?
 — No, porque entonces él se hallaba ausente y el suicidio se ha ocultado; pero encargado de arreglar la sucesión, he debido saberlo todo: si te hablo de esto, es para que tú me ayudes á ocultarle esta doble desgracia: vela pues por separar todo lo que pueda aclarársela. Déjale creer que el señor Duvivier ha muerto rico y á su hora natural: si él no te trae la fortuna que esperaba, te la ha ofrecido, y es bastante para que le estés agradecida. Su talento y tu dote son suficientes para la vida; ¿qué importa un poco más de opulencia cuando el nombre del padre ha quedado puro y el del hijo promete ser glorioso? Mas tarde, sin duda, todo se aclarará; pero entonces seréis el uno del otro, y los escrúpulos delicados de Máximo no serán un obstáculo ó no retardarán vuestra dicha.
 Ermina se arrojó á los brazos de su padre dándole gracias con sus lágrimas; este se sonrió y se estorzó en calmarla.
 — Vamos, ya nos hemos entendido, dijo, no hablemos más. Enjuga tus ojos, ó el notario y los amigos que vienen para la lectura del contrato van á creer que soy un padre de melodrama que obliga á su hija á ocultar las secretas aspiraciones de su corazón! ¿no es esa la frase convenida?
 — Padre, padre querido! murmuró Ermina abrazándole muchas veces; ¡ah! sois tan bueno...
 — Como Dios! interrumpió el señor Dulac; esta es aun otra frase perfecta; solamente que yo no soy tan poderoso como él, y no me basta decir: que la luz sea, para ver claro; la prueba está en ese negocio de los treinta y dos, en el cual debo hablar; hace cerca de un mes que estudio memorias, interrogatorios, señalamientos, sin poderme reconocer en medio de todos esos papelotes. Así es que mientras vienen nuestros amigos, vuelvo á mi gabinete.
 — Creo que es inútil, objetó Ermina, pues oigo un carruaje; sin duda es alguno de los convidados.
 El abogado se adelantó hácia la extremidad de la galería y miró al pasillo de entrada.
 — En efecto, dijo, baja uno del cabriolé... Pero yo no conozco esta figura.
 — Pregunta por el señor Duvivier, observó

la joven, que habia ido á reunirse con su padre; podrá ser algun amigo.
 — Probablemente, repuso el abogado, cuyos ojos permanecian fijos sobre el que llegaba.
 — Esperad, interrumpió la joven que prestaba atento oido, ved aquí á Máximo, vamos á saberlo... Y bien!... aparentan verse por la primera vez!... ¡Ah! ese caballero se llama...
 — ¿Cómo?
 — Me parece que ha dicho: Roberto Owes.
 — Owes, repitió el señor Dulac que pareció reflexionar, yo he visto ese nombre... si, en los papeles del señor Duvivier. Hay muchas cartas de uno de sus correspondientes de Boston que se llama así! Siempre que no venga á hablar de negocios á Máximo... que no le haga alguna importante revelacion sobre la posicion de su padre.
 — Los dos han entrado en el saloncito, interrumpió Ermina.
 — Bien está, dijo el señor Dulac, vuelvo á mi gabinete, y si la visita se prolonga iré á interrumpirles; tú, querida mia, cuida de que todo esté dispuesto para la comida: puede ser que el americano se quede...
 Hablando así el señor Dulac entró en su gabinete, y su hija corrió á asegurarse de que las órdenes anteriormente dadas por ella habian sido ejecutadas.
 Entre tanto Máximo Duvivier habia conducido al extranjero á la pequeña pieza que separaba el salón de la biblioteca donde trabajaba su futuro padre político. Allí era donde habia establecido su obrador. Cerca de la ventana se levantaba un caballete y todos los muebles estaban ocupados con bocetos, cajas de pinturas, cuadros y cartones entrecabiertos.
 El joven se excusó sonriendo de este desorden que era, como el de que nos habla Boileau, un efecto del arte, y desembarazó un sillón que ofreció al recién llegado. Este se sentó gravemente.
 Nuestros lectores habrán reconocido con dificultad en este americano tieso, frio y altivo, al expansivo *tourista* del capitulo precedente. Era sin embargo el mismo transformado con una habilidad que hubiera causado envidia al cómico más consumado. No habia recurrido á ninguno de los groseros medios de teatro, que hacen reír en vez de disfrazar; ni colo-

rado, ni peluca, ni barba postiza; el cambio se reducía á la expresion del rostro, á las maneras, al traje, pero todo tan natural y con tan perfecta medida, que el ojo más atento no hubiera advertido ninguna discordancia.
 Cuando el señor Germain, convertido en el señor Roberto Owes, se encontró frente á frente del joven pintor, le miró y le hizo la pregunta habitual de: ¿Yose speak english? En vista de la respuesta negativa de Máximo, sacudió la cabeza.
 — Entonces... hablaré... vuestra lengua, dijo buscando las palabras y con fuerte acento; me excusareis las faltas.
 Máximo respondió que estaba dispuesto á escucharle.
 — ¿Habéis oido mi nombre? preguntó el americano.
 — El señor Roberto Owes, respondió el joven pintor.
 — Sí, Roberto Owes y hermanos de Boston...
 — Aunque haya sido extraño siempre á los negocios de mi padre, dijo Máximo, me parece haber oido varias veces pronunciar vuestro nombre.
 — Es probable, verdaderamente probable, repitió el extranjero; la casa Roberto Owes y hermanos está relacionada con la casa Duvivier desde hace veinte años próximamente...
 El joven se inclinó y dijo que se alegraba de que estas relaciones hubiesen continuado por tan largo tiempo.
 — Pero no yo, *the douce!* replicó bruscamente el americano; yo hubiera querido romperlas... ¿Cómo decís esto... radically?
 — ¿Por qué razon, caballero? preguntó Máximo sorprendido.
 — ¡Ah! por qué! repitió el señor Owes, para deciroslo he venido... Os ruego me escuchéis con buena voluntad.
 — Me parece que doy pruebas de ello, dijo el pintor un poco ofendido del tono de su interlocutor; pero este último pareció no inquietarse.
 — Escuchad esto, continuó levantando los dedos como para una demostracion: el 25 de febrero del corriente año, vuestro padre presentó á los señores Duffot y compañía tres letras de cambio de dos mil dollars cada una, *sohote number*, seis mil dollars! Bueno! Duffot y compañía pagaron, por la razon de



Porque vos no sois Roberto Owes, de Boston. (Pág. 382, col. 2.ª)

que nuestro papel es oro. Yo no sé si vosotros lo decís así en francés?

Máximo hizo un signo afirmativo.

—Muy bien, repitió el yankee; pero, al arreglar sus cuentas, Duffot y compañía envían á Boston las letras diciendo: habeis firmado, Roberto Owes; pagad, Roberto Owes.

Y se detuvo mirando á Máximo.

—Y bien, dijo este, que no comprendía, me parece que la petición era justa.

—At all, at all, inieua, caballero, inieua, exclamó el americano.

—¿Por qué razon?

—Por la razon de que Roberto Owes no había firmado.

—¿No había firmado?

—No.

—Pero entonces el nombre escrito en las letras era falso!

—Very well, habeis hallado la palabra, caballero, era verdaderamente falso!

El jóven miró á su interlocutor.

—¿Es decir, replicó, que mi padre había sido engañado; que le hicieron aceptar esos billetes imaginarios por valores reales?

—Esta era nuestra opinion en la casa de Roberto Owes y hermanos, respondió el extranjero, que había sacado de su bolsillo la cartera de piel de zapa abriéndola; así fué que escribimos á Duvivier para saber quién había dado las letras y perseguir al... ¿cómo decís en francés?... al falsario, creo...

—¿Y cuál fué la respuesta? preguntó Máximo vivamente.

—Esta, dijo el yankee extrayendo de la cartera una carta con el doble sello de Paris y de Boston... ¿Conocéis la letra?

—Es la de mi padre, replicó el pintor.

—Leed, dijo el señor Owes gravemente.

El jóven abrió la carta con una emocion involuntaria y leyó lo que sigue:

«No busqueis al autor de la firma puesta al opio de las letras de seis mil dollars; sabed solamente que arruinado desde hace seis meses por tres quiebras, tenia necesidad de esta suma para fin de mes. Estaba seguro de que no me la habrais rehusado; pero no tenia tiempo para pedirlos, y la he tomado en vuestro nombre.»

Aquí Máximo se paró dando un grito; creyó que su vista le engañaba, y volvió la hoja; la

carta no estaba firmada, pero no podía desconocer la letra de su padre. Llevó la mano á su frente de la cual caian gruesas gotas de sudor, y tuvo que apoyar sobre sus rodillas la mano en que tenia el papel. El señor Owes le hizo seña de que continuase. Esforzóse por proseguir su lectura, pero todo se confundía ante sus ojos y en su cerebro. El resto de la carta no contenía por otra parte mas que explicaciones y el compromiso positivo de retirar de manos de los señores Owes los tres billetes reembolsándoles su valor á una época fija. El jóven se estremeció: el dia indicado era justamente el de la muerte súbita de su padre. La verdad, que no había sospechado hasta entonces, atravesó su espíritu como un rayo, y repitió en voz alta la fecha con una expresion de horror.

—Sí, repitió el americano, que comprendió el pensamiento del jóven... el 30 de mayo. Duvivier no pudo arreglar la cuenta con la casa Roberto Owes y hermanos en valores; entonces arregló la suya... con una pistola.

Máximo se ocultó el rostro dejando escapar un hondo suspiro.

—Es triste... muy triste, repitió el yankee despues de un corto silencio; pero los negocios son negocios; no se pierden seis mil dollars como un par de guantes, the deuce! por esta razon he tomado el vapor para venir á reclamar el dinero... Cuando el padre muere, es el hijo quien debe responder por él.

—No lo dudeis, caballero, dijo Máximo esforzándose por dominar su desesperacion; todo lo que me ha dejado se empleará en pagar esta deuda...

—No, no, interrumpió vivamente el señor Owes, me he informado ya; la herencia Duvivier vale justo... ¿Cómo se dice?... justo cero.

—¿Qué decís? exclamó el jóven; ¿será posible!...

—Posible, no, cierto. He visto al notario en Paris.

—¿Gran Dios! por esto el señor Dulac ha querido encargarse solo de todo; ¿por qué aplaza siempre las explicaciones acerca de esto? ¿Sabía que yo estaba arruinado, y su delicadeza queria evitarme la humillacion de recibir cuando yo creia dar? ¡Ah! tantos golpes á la vez! es demasiado! es demasiado!

Y ocultó de nuevo la frente entre sus manos.

Pero el yankee no parecia dispuesto á dejarle á merced de sus impresiones personales, y le condujo bien pronto al asunto de los seis mil dollars. Máximo propuso en vano pagarlos á plazos con el producto de su trabajo; el señor Owes declaró que le era preciso el dinero al contado y que no saldria de Francia sin haberlo obtenido. En el caso de que los tres billetes no fuesen retirados por el jóven, estaba decidido á aceptar las proposiciones de un comprador de créditos que le habian indicado. La falsedad, una vez probada y confesada, se haria constar judicialmente, y no podia menos de obtenerse algo en la reparticion hecha á los acreedores. El solo medio para Máximo de evitar un escándalo que haria recaer sobre él la vergüenza de su padre era pagar sin retardo las letras á fin de destruirlas.

—¿Pagar! repitió el jóven exasperado, y ¿cómo, caballero, cómo? venís á ponerme el cuchillo en la garganta amenazándome herirme con él si no os entrego una suma que no poseo.

—Dispensad, señor Duvivier, dispensad, interrumpió el yankee, tendreis la suma dentro de poco.

—¿Qué quereis decir?

—Decia que hoy se firma vuestro contrato de boda con la señorita de esta casa y que se os entregará el dote... doce mil dollars, segun mis noticias; esperaré hasta esta tarde: pagareis á la casa de Roberto Owes y hermanos con el dinero de la jóven miss, y todo se arregla.

Máximo se levantó de un salto.

—¿Y me habeis creído capaz de semejante accion, caballero? exclamó pálido de indignacion; ¿habeis creído que despojaría á la mujer que se me confia generosamente y que me libreria de una desgracia por una villanía? ¿No habeis comprendido que vuestra afrentosa revelacion acababa de romper este matrimonio?...

—¿Romperlo! interrumpió el americano estupefacto, y ¿por qué?

—Porque mi primer deber es declararlo todo al señor Dulac.

—¿Qué! ¿le diré?...

—Le diré, exclamó Máximo con una exal-

tacion dolorosa pero resuelta, que no es solamente la fortuna la que ha desaparecido en la tumba abierta hace cuatro meses, sino tambien el honor del nombre que llevo! La palabra que habia dado al hijo del comerciante honrado le será devuelta por el hijo del falsario.

— Gracias, Máximo! interrumpió el señor Dulac, que abrió bruscamente la puerta de su gabinete.

El jóven retrocedió, y el señor Owes se levantó estremecido.

— Nos escuchaban, dijo con tono ofendido.

— Decid mas bien que os han oido, caballero, replicó el abogado con altivez; estaba atento únicamente al ruido de las voces, y estas se han elevado de manera que era imposible ignorar lo que pasaba aquí...

— Y Dios sea loado! añadió dirigiéndose al jóven, pues que así he podido apreciar una vez mas vuestra lealtad, Máximo.

Y le tendió la mano, que el jóven dudó en tomar.

— Perdon, balbuceó, sin duda no lo habreis oido todo...

— He oido que despues de treinta años de trabajo y de probidad, vuestro padre no habia podido soportar la idea de una quiebra, repitió el señor Dulac; que su razon se habia extraviado, que habia cedido á una tentacion fatal, y que os toca reparar una gran falta, pero la reparareis! el señor Owes os ofrece los medios. Ahora vuestro honor es el mio, y lo que no querais separar del dote de Ermina, yo mismo lo separaré.

El jóven pintor adelantó las manos con una exclamacion de ternura y quiso aventurar una objeccion, pero el abogado le impuso silencio con una mirada.

— Dejád, hijo mio, dijo con voz dulce; esto es un negocio, y por consiguiente, me compete á mi solo.

A estas palabras se volvió hácia el yankee, le miró fijamente y le dirigió la palabra en un inglés tan libre y tan puro, que cualquiera hubiera creido hablaba su idioma natal. El americano respondió con algun embarazo, y pareció querer evitar otra explicacion presentando los tres billetes revestidos de la firma contrahecha y la carta conteniendo la confesion, pero el señor Dulac que habia parecido sorprendido del acento de su interlocutor le dirigió nuevas preguntas sobre muchos detalles de la cuenta abierta entre la casa Owes y el señor Duvivier, detalles que el exámen de la sucesion le habia hecho familiares. El extranjero se excusó con el pretexto de que la contabilidad no estaba á su cargo, que él no habia hecho el viaje para tratar de semejantes miserias, sino á fin de que se le reintegrasen los seis mil dollars que se le debian, que exigia el reembolso inmediato ó el protesto, despues de lo cual él sabia lo que tenia que hacer.

Todo esto fué dicho con una expresion de descontento bajo la cual se traslucia el embarazo. A medida que el pretendido americano hablaba, el asombro del señor Dulac se trocaba en sospecha; sus ojos fijos sobre su interlocutor, procuraban evidentemente descubrir su máscara de forzada tranquilidad; se hubiera dicho que sus facciones despertaban en su memoria alguna reminiscencia confusa que no podia claramente recobrar.

Roberto Owes visiblemente disgustado por esta intensidad de atencion se levantó y tomó su sombrero, murmurando que no le era posible esperar mas.

— Un momento, dijo el abogado, el negocio es asaz importante, caballero, para reflexionar en él; yo mismo me sorprendo de que hayais pensado en tratarlo sin haceros asistir por un consejero.

— En lugar de sorpresa, debía esperar las gracias, replicó el americano con mal modo; pues al venir solo, guardaba el secreto de lo que ha ocurrido aquí... y me parece que no soy yo el mas interesado en ocultarlo.

— Puede ser, repitió el señor Dulac; pero vuestra discrecion no nos exime de prudencia. Máximo ni yo teniamos el honor de conocer al respetable señor Roberto Owes, y debeis comprender que es indispensable al menos justificar la identidad... Vuestro corresponsal

en París, el señor Duffot, lo podria hacer sin duda...

— Es inútil, interrumpió el yankee, puedo suministrar todas las pruebas.

Y sacando de su bolsillo la cartera, tomó muchos papeles que presentó al abogado.

— Ved, añadió, hé aquí vuestra correspondencia... vuestros giros satisfechos... un pasaporte.

El señor Dulac que habia abierto los papeles unos despues de otros, echando una rápida mirada, se fijó en uno de ellos; lo recorrió un instante, miró de nuevo al extranjero y pareció tomar en fin su partido.

— Vamos, caballero, ya veo que es menester decidirse... sírvase V. esperar un instante, vuelvo con la suma.

Un rayo de triunfo iluminó los ojos de Roberto Owes y no se escapó al abogado; hizo un gesto como si acabara de confirmarse en una conviccion, y salió rogando al americano le preparase un recibo.

Su ausencia duró algun tiempo. Cuando en fin volvió á aparecer, traia en la mano una porcion de billetes de banco, á cuyo aspecto el yankee se irguió con un arranque de risa involuntaria, presentando al señor Dulac el recibo que acababa de escribir. Este lo recorrió rápidamente, comparando la letra con la de un papel que tenia.

— ¿Es esto lo que deseais? preguntó el señor Owes en inglés.

— Perfectamente, replicó el señor Dulac en el mismo idioma.

— Entonces, contemos la suma.

El abogado levantó la cabeza.

— Sea, dijo cambiando de repente de idioma; pero para entendernos mejor, si V. gusta hablaremos en francés.

— ¿Por qué, caballero? preguntó el yankee asombrado.

— Porque, repuso su interlocutor, que continuaba mirándole fijamente, porque desde que os escucho, observo que el inglés os es solo medianamente familiar; porque este recibo dado en un negocio comercial, prueba igualmente que sois extraño al comercio; porque la filiacion del pasaporte que acabais de mostrarme no tiene relacion ninguna con vuestra persona; porque en fin, vos no sois el señor Roberto Owes de Boston.

Al hablar así el señor Dulac dió un paso hácia el supuesto americano, que retrocedió y tornó muy pálido.

— ¿Qué quereis decir?... balbuceó, ¿quién soy pues?

— Creo saberlo, contestó el abogado, que continuaba remachándole con su mirada. Si las indicaciones que acabo de releer en los documentos relativos á la instruccion del proceso de los treinta y dos son exactas, y si el parecido de la letra no me engaña, sois el general del ejército del cual se van á juzgar aquí algunos soldados; me seria difícil decir vuestro verdadero nombre; pero, hace tres años, fuisteis condenado bajo el de Pedro Caudetot, por robo de diamantes; os escapasteis y se cree que pasasteis á Inglaterra.

— Caballero!...

— Aguardad! hace dos años os llamabais el baron de Rosberg, y fuisteis arrestado por esta.

— Esa suposicion...

— No os impidió imaginar otra hace seis meses, cuando os presentasteis en Ruan como apoderado de la casa Vaneroit de Amsterdam.

— ¡Esto es demasiado! exclamó el americano desenmascarado, esforzándose en ocultar su espanto bajo una apariencia de indignacion; os arrepentireis, caballero, de estos insultos.

Y quiso ganar la puerta, pero el abogado le interceptó el paso.

— Dispensad, le dijo, no nos dejareis sin que todo se haya aclarado. Para que la cartera del señor Roberto Owes se encuentre en vuestras manos, es necesario que se haya cometido un crimen; tendreis que darme cuenta, y no os dejaré marchar antes de saber cómo esos papeles han caído en vuestro poder.

— ¡Ah! yo creo saberlo! exclamó Máximo, que desde que no hablaban inglés, habia seguido el debate con un interés siempre cre-

ciente; esta mañana he leído alguna cosa en vuestra Gaceta de los tribunales... sí, ahora que recuerdo las circunstancias... Eso es! eso es!

— ¿Qué es pues?

— Un negociante americano muerto por accidente en el camino del Havre á París... no se ha hallado sobre él ningun papel, aunque habiendo sido interrogado el conductor haya declarado haberle visto una cartera de piel de zapa.

— Como esta.

— Un compañero de viaje, que ha desaparecido, es sospechoso de la sustraccion... Pero vedlo vos mismo, allí tengo el diario.

Y corrió á tomarlo de sobre un sillón y lo presentó al señor Dulac indicándole el artículo; el abogado lo recorrió ligeramente, y algunos detalles olvidados por el jóven aclararon todas sus dudas; se volvió entonces para leerlos al falso Roberto Owes, pero este habia aprovechado el instante durante el cual se cesó de observarle para deslizarse por la puerta entreabierta de la biblioteca, franquear la ventana y ganar el patio. Máximo le vió que lo atravesaba corriendo; quiso lanzarse en su seguimiento, pero el señor Dulac le cogió por el brazo.

— Dejadle, dijo vivamente; su huida nos sirve mas que su arresto; la carta y los billetes están aquí. Destruyéndolos y sustituyendo, en la cartera, los seis mil dollars que el americano venia á reclamar, las pruebas de la falta de vuestro padre serán destruidas, y esta falta en si misma reparada. Hé aquí la suma que haremos llegar á la casa Owes con vuestros papeles; en cuanto á estos, encended pronto una bujía; su solo aspecto me horroriza.

El jóven se apresuró á hacer lo que el señor Dulac pedia, y las pruebas acusadoras fueron reducidas á cenizas. Cuando su último resto desapareció, el abogado exhaló un suspiro de desahogo y se volvió hácia Máximo sonriéndose: este quiso hablar, pero las palabras se apagaron en sus labios, y solo pudo echarse en brazos del señor Dulac: así permaneció hasta el momento en que se oyó la voz de Ermina que los llamaba para avisarles que el notario y los testigos acababan de llegar. Máximo se enjugó vivamente los ojos, y estrechando por última vez las manos del señor Dulac, exclamó:

— ¡Ah, padre mio! ¿cómo pagaros lo que habeis hecho hoy por mí?

El abogado le señaló su hija que atravesaba la galeria, y le respondió con una sonrisa:

— Tienes un medio, hijo mio; hazla dichosa!

FIN.

EL AVARO.

POR E. CONSCIENCE.

(Continuacion.)

III.

Cecilia abrió la puerta y entró. En el piso bajo no habia nadie. La glacial soledad de esta pieza impresionó el alma de la jóven, no obstante de estar acostumbra á ella. Paseó lentamente su mirada por todo el aposento, y dejó vagar con distraccion su vista por las paredes tapizadas de sombrías telarañas. Una impresion de tristeza ó de piedad se pintó en su semblante, y se detuvo unos instantes, pensativa, en medio del aposento. Sin duda comparaba en su interior el contenido y el amor que reinaban en casa de la viuda con el melancólico silencio del sitio en que se hallaba. Sin embargo sentóse junto al hogar, en el rincón de la chimenea, y fijó sus ojos en la turba convertida en ceniza. Algunas palabras escapadas de sus labios atestiguaban que estaba aun preocupada por lo que le habia dicho la mendiga.

Habian trascurrido apenas algunos instantes desde que se sentara cuando apareció á sus espaldas la cabeza de un hombre, por

entre la medio entornada puerta de una pieza vecina. Desde que este hombre distinguió á la jóven, pintóse en su semblante una extraña expresion. Sus ojos grises brillaron de alegría bajo sus espesas cejas, mientras que su ancha boca, contraída por una odiosa sonrisa, demostraba la glotonería satisfecha.

Desapareció en seguida volviendo á aparecer, en un abrir y cerrar de ojos, en el aposento con una buena porcion de turba y una fagina de abedul debajo del brazo. Habia en este momento en su semblante una sonrisa tan afable, y expresaba una bondad tan cándida como se lo permitian sus repugnantes facciones.

— Buenos dias, Cecilia, dijo con voz afectuosa. Hace frio ¿no es verdad? Vamos, levanta los piés de la ceniza, que voy á encender un buen fuego para que os calienteis.

La jóven le miró sorprendida. El sonido de aquella voz le era desconocido; aquella sonrisa franca y abierta la veia por primera vez en el rostro de Matias. Sin embargo, teniendo aun presentes en su mente las palabras de Catalina, estuvo dudando respecto á lo que debia esperar de aquel cambio.

Matias se apresuró á poner la turba en el hogar, disponiendo el combustible de manera que el calor se dirigiese todo á donde estaba sentada Cecilia.

— ¿Qué haceis, Matias? preguntó esta; ponéis la leña fuera del hogar.

— Lo hago para que podais calentaros bien, Cecilia, respondió el otro, mientras introducía el fuelle debajo la leña y hacia surgir una viva llama.

— Esto reanima, continuó él. No hablo por mí; pero si os gusta, Cecilia, estaré contento aun cuando no me aproveche.

— Matias! Matias! exclamó la jóven, no os comprendo, ¿quereis burlaros de mí? Habeis cambiado enteramente.

— Cecilia, dijo Matias con voz triste fijando en la jóven una mirada suplicante, Cecilia, vos me odiais. ¡Oh! ciertamente que no me conoceis!

— Odiaros! Jesus, ¡qué palabra tan mala! Es verdad que os tengo miedo, Matias; pero es porque estais siempre tan ceñudo y me hablais con tanta rudeza! Ya lo veis, Matias, tengo necesidad de cariño, y aprecio sobre todo la bondad de corazon: este es mi carácter.

— No me creereis, Cecilia; pero yo soy bondadoso y lo he sido siempre.

— ¿Vos? dijo la jóven con incredulidad.

— ¡Ah! Cecilia, dijo suspirando, no sin pesar voy á revelaros el secreto de mi conducta. Amo extraordinariamente al tio Juan; el único objeto de mi vida no ha sido otro, hasta ahora, que endulzar los últimos años de mi bienhechor, y evitarle, en cuanto me sea posible, la menor pesadumbre. Vos, que sois mujer y teneis un alma cándida, no podreis comprender que se haga el menor mal para obtener un bien mayor. Sin embargo esto es lo que yo he hecho siempre. El tio Juan es avaro; su dinero es su alma. No por esto le acuso, Cecilia. Es una debilidad de los años. Contrariar al tio Juan respecto á este punto ó contrariar su pasion seria amargar su vida y abreviar sus dias. Pues bien, ¿qué he hecho yo llevado por el afecto que le profeso? Me he vuelto avaro, ó al menos he fingido serlo; me he contentado con unos alimentos escasos y nocivos, he sufrido hambre y frio, y he pasado mis dias extinguiéndome en esta morada triste como una tumba. Sí, sí, Cecilia, sentia destrozárseme el corazon á la vista de un pobre, y le ponía á la puerta; aspiraba ardientemente á la dicha de vivir con buenos amigos, y he dejado pasar los mejores años de mi juventud en una triste soledad; os amo como á la casta imágen de la virtud pura é ingenua, y no obstante os reprendia con acritud y algunas veces con dureza. Y todo esto ¿por qué? ¡Ah! ¿Lo comprendeis, Cecilia? Era solo para complacer al tio y consolar su penosa vejez!

Las insinuantes palabras de Matias parecieron convencer á la jóven; sin embargo se quedó mirándole con muda admiracion.

— ¡Oh! he sufrido tanto! exclamó él con una especie de desesperacion. Fingir siempre,

no poderme mostrar nunca tal como soy, ser detestado á causa de mi adhesion, y devorarlo todo en silencio. Lo mismo que si no tuviera corazon ni alma!

Cubrió sus ojos con ambas manos, pero á través de sus dedos espíó la fisonomia de la conmovida jóven.

— Pobre Matias, dijo Cecilia exhalando un suspiro, ¿por qué no lo deciais mas pronto? De este modo no hubiera sido injusta para con vos.

— Y ahora, preguntó Matias descubriendo su semblante que tomó una expresion suplicante, ahora que lo sabeis, ¿continuareis odiándome?

— No os he odiado nunca, Matias, respondió la jóven; si no fuese así, ¿cómo me regocijaria ahora de veros afectuoso conmigo? Debo vivir aquí con vos como si fueseis hermano mio. Pues bien, os amaré como á tal.

— ¿De modo, que no tendreis ya miedo?

— ¿Por qué temeros si teneis buen corazon?

Un instante de silencio siguió á estas palabras. Evidentemente meditaba Matias algo entre sí, pues su mirada era incierta y errante.

De repente levantó la cabeza y dijo con aparente indiferencia:

— Cecilia, debo noticiaros una cosa que probablemente os sorprenderá; no os alliais sin embargo, pues que todavia no son mas que palabras en el aire.

— Entonces, no debe ser muy terrible, replicó sonriendo la jóven. ¿Qué es, Matias, de qué se trata?

— El tio Juan quiere que me case con vos.

— ¿Cómo? ¿Qué decís? exclamó la jóven temblando de sorpresa y de espanto.

— Yo he rehusado, contestó Matias.

— ¡Dios mio! ¡qué pensamiento es ese! dijo la jóven todavia conmovida.

— Yo he rehusado, repitió Matias mirando atentamente á la jóven.

— Y ha renunciado él á su proyecto, ¿no es verdad, Matias? preguntó en tono suplicante.

— No, respondió este, todos mis esfuerzos han sido inútiles para disuadirle; está empeñado y quiere que la cosa se lleve á efecto.

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo la jóven prorrumpiendo en sollozos y llevando su delantal á los ojos para ocultar sus lágrimas.

Al ver á la jóven deshecha en llanto vagó por los labios de Matias una sonrisa de demonio.

Cecilia se levantó precipitadamente de su silla y preguntó con angustia:

— ¿Dónde está mi tio?

— Ya lo veis, está arriba. Si le llamais, ó vais á turbarle, le tendremos todo el dia enojado.

Desesperada Cecilia, volvió á sentarse y dijo:

— ¡Oh! Matias, querido Matias, quitadle esta idea de la cabeza!

— Hablemos un poco de este asunto sosedadamente, y tal vez encontremos el modo de contentar á todo el mundo.

— ¡Ah! sí, dijo la jóven con viveza; ayudadme, Matias, y os quedaré reconocida por toda la vida.

— Escuchad, Cecilia, antes de alligiros ó de acusar á vuestro tio de desatinado, es necesario que sepais los motivos de su determinacion. Tal vez entonces agradeceréis sus buenas intenciones. Vuestro tio piensa que le resta poco tiempo de vida; creo que no se engaña. Lo que mas le apesadumbra es el dejar el mundo sin ver asegurada vuestra suerte, y únicamente vuestro casamiento puede tranquilizarle.

— Pero, Matias, yo no quiero casarme; soy demasiado jóven, dijo Cecilia con abatimiento.

— Esta es tambien mi opinion; por eso he rehusado antes, respondió Matias.

— ¡Cielos! exclamó Cecilia asustada; ¿habeis cambiado pues de idea?

— Yo mismo lo ignoro, dijo él; desde aquel momento, se ha despertado en mí el sentimiento del deber, y he caido en duda tocante á lo que me exigen la generosidad y la sanarazon. Cecilia, reflexionad ante todo, que hace ya dos meses que esta idea germina en el cerebro de vuestro tio, y que por lo tanto ha echado profundas raices en su espíritu. Le

conoceis: si no puede realizarle se pondrá enfermo, morirá tal vez. ¿Querriais ser causa de su muerte?

— ¡Oh! Dios mio, Dios mio! exclamó la jóven levantando sus ojos al cielo.

— ¿Querriais causarle la muerte, Cecilia? repitió Matias.

— ¡Oh! no, no! exclamó llevando las manos á sus ojos y llorando de nuevo.

— ¿De modo que os casareis conmigo por no abreviar su vida?

— Pero, Matias, ¿no es verdad que habeis rehusado positivamente?

— En efecto, he rehusado; pero cuando el tio Juan, en su desesperacion, me ha implorado de rodillas el consentimiento como el último beneficio, cuando me ha dicho que moriria de pesar si se lo negaba, entonces he dado oidos á la compasion, al amor que le profeso.

— Pero no habeis, sin embargo, consentido?

— No quiero ser la causa de su muerte... ¿Y vos, Cecilia?

— ¡Ah! yo tampoco! exclamó la jóven sollozando; arrancaré tan fatal designio del espíritu de mi tio. No creo que resista á mis ruegos y á mis lágrimas.

— No esperéis alcanzar nada, Cecilia. ¿Cuándo ha renunciado él á un proyecto? Pues bien, si os suplica consintais en este matrimonio, si os dice que vuestra negativa le causará la muerte...

— ¡Ah! obedeceré! dijo la jóven derramando un torrente de lágrimas.

Inclinó la cabeza y con el delantal en los ojos continuó llorando y sollozando.

El semblante de Matias brillaba de alegría. Esperaba una resistencia mayor, y creia vencida la dificultad mas insuperable. Lo que antes le habia parecido impracticable, se hacia posible. Las lágrimas de la jóven, á pesar de atestiguar contra él, no turbaban su triunfo; esta victoria le regocijaba hasta tal punto, que apoderándose la franqueza de su corazon se retrató en su rostro. Sea que creyese superflua su máscara, ó que para completar su triunfo quisiera emplear medios que le parecieran bastante poderosos para obtener el libre consentimiento de la jóven, le dijo con entusiasmo, á pesar de que persistiese ella en no mirarle:

— Cecilia, vuestra tristeza carece de fundamento. Seremos los séres mas felices del mundo. Tendreis hermosos trajes; habitareis un pequeño palacio; ireis en coche; en la iglesia os sentareis en el coro, y se os saludará como á una gran señora. Los mas delicados manjares cubrirán nuestra mesa; estaremos servidos por criados, y no tendremos que pensar mas que en comer y beber... ¿No quereis creermos? El tio Juan es rico, rico hasta lo sumo. A fuerza de privaciones y usuras, ha juntado millones de florines. Por esto cierra cuidadosamente las puertas con cerrojo cuando sube arriba, aunque sea de dia; allí remueve á manos llenas sus escudos...

Un temblor extraordinario acometió á la jóven.

— Adivino lo que vuestro movimiento significa, Cecilia, prosiguió Matias, me reprendeis porque le animo en su avaricia, ¿no es verdad? ¡Ah! ¿no comprendeis que economizo para vos y para mí? Así nos quedará mas. Quizá direis que no teniendo ningun derecho, no heredaré nada. Así parece, pero no es cierto. El tio Juan me dá la mitad de sus bienes, lo demás os pertenece legalmente. De manera, Cecilia, que todo el dinero, la fortuna entera del tio Juan será para nosotros dos solamente. ¡Cómo sabremos regalarnos! ¡cómo haremos los señores!

Sin duda consideró el silencio de la jóven como un tácito asentimiento, pues su voz tomó un tono de burla triunfante y continuó:

— Y no tendremos que aguardar mucho tiempo, Cecilia; ya oís que la tos del tio va de cada dia en aumento; sus pulmones están perdidos. Le haremos firmar un testamento que nos lo asegure todo á los dos. Esto se consigue fácilmente... En seguida que muera — cosa que no podemos impedir — que Dios ampare su alma; nos quedará el dinero, y entonces demostraremos si sabemos ó no vivir!



VISITA HECHA POR S. M. EL EMPERADOR A LOS HERIDOS DEL GRANDE HOSPITAL, A SU REGRESO A MILAN.

Ai oír esta última nota el temblor de Cecilia aumentó.

Matias guardó silencio un instante pareciendo esperar una respuesta; pero viendo que Cecilia continuaba sentada, muda y cabizbaja, le preguntó:

— Y bien! Cecilia, ¿todavía llorais?

La jóven se levantó lentamente, irguió la cabeza con altivez y lanzó á Matias una mirada tan llena de desprecio que este se estremeció. Sin embargo no supo qué debía pensar ó esperar, pues el semblante de Cecilia expresaba mas bien una especie de alegría que de tristeza.

— Y bien! y bien! ¿qué decís á esto? preguntó con cierta emoción.

— Infame! dijo la jóven con noble indignación.

— ¡Cómo! ¿qué significa eso? exclamó Matias confundido.

— Casarme yo con vos! prosiguió la jóven con valerosa dignidad, ayudaros á insultar la memoria de mi tio, á despojar de su parte de herencia á la viuda y al huérfano! Aunque me enterrasen viva, al borde mismo de la tumba diria nó!

Mudo y aterrado, Matias miraba á la altiva jóven, quien hizo de repente un gesto tan enérgico que le hizo bajar la vista no pudiendo resistir su mirada.

— ¿Creiais sin duda que lloraba cuando cubria mi rostro con el delantal?... No, no! he visto abrirse vuestro corazón, y he elevado al cielo una plegaria dando gracias á Dios por haber permitido que fueseis sincero. Ahora os conozco ya.

La turbación del desenmascarado impostor duró todavía un instante, pero cuando se convenció de que la resolución de la jóven era irrevocable, una sonrisa vengativa contrajo su semblante.

— ¡Ah! ¡ah! ¿es así como tomáis vos las cosas? Veremos á donde irá esto á parar: ya sabré yo obligaros á entrar en mis miras. ¿Decís que me conocéis? ¡Cuánto os engañais! Soy mucho peor de lo que imagináis. Dia vendrá en que os arrastréis suplicante á mis piés.

(Se continuará.)

Por todo lo que antecede, F. GARAÑACHO, editor responsable.

Imp. del DIARIO DE BARCELONA, á cargo de FRANCISCO GARAÑACHO, calle Nueva de S. Francisco 11